



Rodolfo Puigdollers

# **Siete principios de humanidad**

Las primeras páginas de la Biblia

EMAÚS 129

### 3. Llamados a la libertad

(*Génesis 3*)

La tercera página de la Biblia es un nuevo relato (Gn 3). Se trata de un texto de estilo parecido al anterior. Se podría decir que forma un díptico con él. Su origen se encuentra también, seguramente, en las antiguas tradiciones de los escribas de la corte del rey Salomón.

Si el relato del paraíso hablaba de la dimensión de solidaridad del ser humano, en su capacidad de relación con Dios, con la naturaleza y con el resto de seres humanos, este nuevo relato muestra la dimensión de libertad que hay en él y la responsabilidad que ello supone.

La relación del ser humano con Dios supone el reconocimiento de que Dios es Dios y que el hombre es un ser limitado. El relato del paraíso lo expresaba mediante este mandamiento: *“Puedes comer de todos los árboles del jardín, pero del árbol del conocimiento del bien y el mal no comerás”* (Gn 2,16-17). El sentido de la realidad no viene determinado por el libre albedrío de cada uno, sino por la bondad en cuanto reflejo de lo que Dios es y hace, mientras la maldad supone el alejamiento de este actuar de Dios y, en consecuencia, el “sin sentido”.

En el ser humano está presente la dimensión de la libertad, que supone la opción por el seguimiento del camino del bien o la opción por el camino del mal, es decir,

la obediencia a la palabra de Dios o bien la desobediencia. Esta libertad comporta, evidentemente, la posibilidad del uso inadecuado de la libertad. La tentación hace aparecer el camino del mal como algo apetitoso; es decir, el mal con apariencia de bien. La imagen de la serpiente (Gn 3,1) sirve para convertir esta realidad interna en una narración.

La serpiente era más astuta que las demás bestias del campo  
que el Señor había hecho.

Y dijo a la mujer: “¿Con que Dios os ha dicho que no comáis

del fruto de ningún árbol del jardín?”

La mujer contestó a la serpiente:

“Podemos comer los frutos de los árboles del jardín; pero del fruto del árbol que está en mitad del jardín nos ha dicho Dios: ‘No comáis de él ni lo toquéis, de lo contrario moriréis’”.

La serpiente replicó a la mujer: “No, no moriréis; es que Dios sabe que el día en que comáis de él, se os abrirán los ojos, y seréis como Dios en el conocimiento del bien y el mal”.

La tentación introduce la desconfianza en Dios y hacer aparecer el mal como un verdadero bien; y, al contrario, el bien como un mal. La tentación se presenta como una invitación a abrir los ojos y adquirir la autonomía personal, que supone no dejarse engañar por la palabra de Dios y decidir, por sí mismo, sobre lo que es el verdadero bien para la persona. Caer en la tentación es fácil, porque su fruto aparece como un bien y como algo atractivo. Es la experiencia repetida una y otra vez a lo largo de la historia de la humanidad. La historia de la tentación.

Entonces la mujer se dio cuenta de que el árbol era bueno de comer, atrayente a los ojos y deseable para lograr inteligencia; así que tomó de su fruto y comió. Luego se lo dio a su marido, que también comió. Se les abrieron los ojos a los dos y descubrieron que estaban desnudos; y entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron.

El fruto ofrecido por la tentación, tarde o temprano, muestra su falsedad. Ni lleva a la felicidad ni construye auténticamente la persona humana y las sociedades. Entonces viene el desengaño, la conciencia de la propia debilidad y la desorientación. Esto produce una herida con la que se ha de seguir adelante como se pueda.

El relato bíblico expresa esta nueva realidad mediante dos imágenes muy gráficas. Por una parte, el alejamiento de Dios, que supone la pérdida de la sensibilidad para captar la presencia de Dios: “*Se escondieron de la vista del Señor Dios entre los árboles del jardín*” (Gn 3,8). El ser humano, de alguna forma, se esconde de la presencia de Dios. No quiere escuchar su voz, no quiere ver su presencia.

La segunda imagen es, incluso, más trágica. Dios sale al encuentro del hombre, le dirige su palabra y éste lo que hace es esconderse. La pregunta de Dios, cercano y salvador, es muy directa: “*El Señor Dios llamó al hombre y le dijo: ‘¿Dónde estás?’*” (Gn 3,9). ¿Dónde se encuentra el ser humano cuando ha roto su hilo de comunicación con Dios y su palabra?

Cuando oyeron la voz del Señor Dios  
que se paseaba por el jardín a la hora de la brisa,  
Adán y su mujer se escondieron de la vista del Señor  
Dios

entre los árboles del jardín.

El Señor Dios llamó al hombre y le dijo:

“¿Dónde estás?”

Él contestó:

“Oí tu ruido en el jardín,  
me dio miedo, porque estaba desnudo,  
y me escondí”.

El Señor Dios le replicó:

“¿Quién te informó de que estabas desnudo?,  
¿es que has comido del árbol del que te prohibí  
comer?”

El mal uso de la libertad lleva al hombre a una triple herida, que afecta a su relación con Dios, a su relación con los otros seres humanos y a su relación con la naturaleza. El hombre, escondido para que Dios no le vea, es la primera muestra de esta herida en su relación con Dios. La continuación del relato mostrará la herida en su relación con los demás –en primer lugar– y –finalmente– en su relación con la naturaleza.

Adán respondió:

“La mujer que me diste como compañera  
me ofreció del fruto y comí”.

El Señor Dios dijo a la mujer:

“¿Qué has hecho?”.

La mujer respondió:

“La serpiente me sedujo y comí”.

La libertad para el bien se convierte en libertad para el mal. El ser humano es capaz de realizar grandes cosas en el camino del bien, pero también posee una gran ca-

pacidad de hacer acciones horribles por el camino del mal. Dios, sin embargo, permanece siempre fiel. Dios no abandona nunca al ser humano. El relato lo expresa con unas palabras que Dios dirige a la serpiente, y que se convierten en un enigma. Un enigma, pero al mismo tiempo, una fuente de esperanza: “*Pongo hostilidad entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje. Él te aplastará la cabeza, cuando tú le hieras en el talón*” (Gn 3,15). El mal afecta a la humanidad y la hiere profundamente, pero finalmente será vencido.

El Señor Dios dijo a la serpiente:  
“Por haber hecho eso, maldita tú  
entre todo el ganado y todas las fieras del campo;  
te arrastrarás sobre el vientre  
y comerás polvo toda tu vida;  
pongo hostilidad entre ti y la mujer,  
entre tu linaje y su linaje.  
Él te aplastará la cabeza,  
cuando tú le hieras en el talón”.

¿Cuál será esta victoria del linaje de la mujer sobre el linaje de la serpiente? La traducción griega de este relato –la llamada traducción de los Setenta– ilumina este texto destacando este “*él te aplastará la cabeza*”, manteniendo en masculino el pronombre (“*él*”), mientras su antecedente (“*tu linaje*”) lo pone en género neutro. De esta forma, esta victoria sobre la serpiente y su linaje no queda, de una forma impersonal, equiparada a una victoria de toda la humanidad, sin más. No se trata de un mito impersonal del progreso. Hay un enigmático “*él*”. Pablo de Tarso, ante la muerte y la resurrección de Jesucristo, recordará un texto del profeta Oseas: “*¿Dónde está muerte, tu victoria?*” y hará esta exhortación llena

de alegría: “¡Gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1Cor 15,55.57).

La vida en este mundo es una continua lucha. Los seres humanos nos movemos en la fortaleza y en la debilidad, en la vivencia de nuestra libertad para hacer el bien, pero también con la posibilidad del uso de la libertad para el mal. Es el interrogante siempre presente sobre la realidad del mal en el mundo. El escritor francés Albert Camus hará decir a uno de sus personajes: “Me negaré hasta la muerte a amar esta creación donde los niños son torturados” (*La Peste*, 1947). El filósofo Jean-Paul Sartre sentenciará: “El infierno son los otros” (*A puerta cerrada*, 1944). El autor alemán Erich Fromm titulará uno de sus libros: *El miedo a la libertad* (1941). El autor del relato bíblico intentará situar la pregunta sobre el mal dentro de una creación que no ha llegado a realizar el proyecto primitivo de Dios y en la que la libertad para hacer el mal convierte en más dramático el paso del hombre por este mundo.

A la mujer le dijo:

“Mucho te haré sufrir en tu preñez,  
parirás hijos con dolor,  
tendrás ansia de tu marido,  
y él te querrá dominar”.

A Adán le dijo:

“Por haber hecho caso a tu mujer  
y haber comido del árbol del que te prohibí,  
maldito el suelo por tu culpa:  
comerás de él con fatiga mientras vivas.  
brotará para ti cardos y espinas,  
y comerás hierba del campo.  
Comerás el pan con sudor de tu frente,

hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste  
sacado;  
pues eres polvo y al polvo volverás”.

En medio de toda esta realidad de tensión y de sufrimiento, de alegrías y de penas, la vida continúa adelante, como las flores nacen a veces en los lugares más inhóspitos. El relato recuerda que continúan naciendo niños y que Dios continúa acompañando a la humanidad. En la sala cuna del Hospital General de Granollers –la he visitado muchas veces– hay una gran cerámica con este pensamiento del poeta indio Rabindranath Tagore: “Cada niño, al nacer, nos trae el mensaje que Dios no ha perdido aún la esperanza en los hombres” (*Pájaros perdidos*, n. 77, 1916).

Adán llamó a su mujer Eva,  
por ser la madre de todos los que viven.  
El Señor Dios hizo túnicas de piel  
para Adán y su mujer, y los vistió.

La vida de los seres humanos transcurre, en este mundo, dentro de luchas y limitaciones. Hablando en el lenguaje del relato, se puede decir, que el hombre vive “expulsado del paraíso”, en una vida mortal, en medio del bien y el mal que le rodea. De todas formas, queda siempre la promesa de la victoria sobre este mal.

Y el Señor Dios dijo:  
“He aquí que el hombre se ha hecho como uno de  
nosotros  
en el conocimiento del bien y el mal;  
no vaya ahora a alargar su mano y tome también del  
árbol de la vida,  
coma de él y viva para siempre”.  
El Señor Dios lo expulsó del jardín de Edén,

para que labrase el suelo de donde había sido  
tomado.

Echó al hombre,  
y a oriente del jardín de Edén colocó a los  
querubines  
y una espada llameante que brillaba,  
para cerrar el camino del árbol de la vida.

La libertad para optar por el camino del bien o del mal, es decir, para escuchar la palabra de Dios o para desobedecerla, es la que introduce en la vida humana la realidad del pecado, que es el rechazo de la voluntad de Dios. La tentación abre la posibilidad de esta aceptación y realización de su voluntad, o bien la de su rechazo, optando por un camino que no corresponde al proyecto de Dios. Se puede decir que la tentación es fundamentalmente triple: el camino del poseer, en vez del camino del ser; el camino del poder, en tanto que dominio sobre el otro, en vez del camino del servicio; el camino de la grandeza y la espectacularidad, en vez del camino de la sencillez. En una palabra, el camino del mal, por encima del camino del bien. No se trata de tomar el camino de los ricos, de los poderosos o de los grandes, sino el camino de los pobres, de los servidores y de los pequeños.

El Evangelio presenta a Jesucristo como el Hijo del hombre, es decir, como el modelo de la humanidad, su plenitud. La Carta a los Colosenses lo llama el "*Primo-génito de toda criatura*" (Col 1,15). Él es el vencedor de la tentación y el vencedor del mal. Él dice de sí mismo: "*Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra*" (Jn 4,34); "*el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos*" (Mc 10,45; Mt 20,28); "*Venid a mí*

*todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera” (Mt 11,28-30). Esta es la verdadera libertad.*